

nisimo Delfin, amor que nació con su infancia, y que creció despues con la edad. No obstante el amor y confianza con que le honraba este Gran Príncipe, no obstante la familiaridad que con él habia contraido desde su tierna edad, no obstante aquella amable libertad, que es la delicia de la Corte: ¿Con qué respeto, y con qué noble atencion le trataba el *PRINCIPE DE CONTI*? Bastaba el verle para aprender á respetar á los Soberanos; y la entrada y libertad que le concedia su clase para con este Príncipe, solamente servian para enseñar á los demás respeto y reverencia.

Tan familiar era con sus amigos como respetuoso con sus Soberanos, sin permitir que usasen con él las atenciones debidas á su clase. Vosotros, señores, á quienes honró con su confianza, sois buenos testigos de esta verdad; bien quisiera yo que lo pudierais decir en mi lugar: ¿Pero no lo explican suficientemente los objetos que en este mismo instante os está representando su amable memoria, y los tristes suspiros que os veo mezclar con su elogio, los que el respeto debido á este lugar habia suspendido hasta ahora? ¿Podré yo, sin que estos me interrumpen, explicaros esta verdad?

No era este *aquel hombre amado de la sociedad*, de quien habla la Escritura, y *aquel amigo mas querido mil veces que un hermano?* (a)

Regularmente los Príncipes tienen poca experiencia de los placeres de la amistad; su elevacion, ó los hace demasiado inaccesibles á los demás hombres, ó que miran á estos con desprecio. Confunden el respeto que se debe á su clase, con la amistad que solamente es debida á su persona: Son mas zelosos de grangearse respetos, que de ganar corazones; y aún quando sepan hacerse amar ellos, regularmente nunca aman de veras.

¿Qué

(a) *Prov. 18. v. 24.*

¿Qué podreis hallar, señores, en este retrato que se parezca al *PRINCIPE DE CONTI*? ¿Qué amigo hubo jamás mas tierno, mas accesible, mas fiel, ni mas digno de ser amado? ¿La amistad no le igualaba con vosotros? ¿Conociais la superioridad que le daba su clase y su mérito, mas que en el amoroso cuidado que tenia de olvidarla?

¿Qué afabilidad en sus costumbres! ¿Qué firmeza en el amor! ¿Qué verdad en sus expresiones! ¿Qué fidelidad en el secreto! ¿Qué agrado en el trato! ¿Qué gusto en la eleccion de amigos! ¿Qué cuidado en conservarlos hasta el fin! La misma muerte que os le ha quitado, no ha podido apartaros de su corazón: ¿No fuisteis depositarios de sus secretos, como de sus últimos suspiros? ¿No derramó en vuestro seno las últimas expresiones de su alma? ¿Su amistad y confianza no fueron mas fuertes que la misma muerte? ¿Si vuestro dolor os permitiera reflexionar aquí en otra cosa mas que en su pérdida, no estariais pensando en que siempre dirá de él la posteridad, como de aquel hombre maravilloso de quien habla la Escritura: ¡Felices los que te vieron, los que vivieron contigo, y á los que llenó de honor y gloria tu amistad! ¡*Beati qui te viderunt, & in amicitia tua decorati sunt!* (a)

No era tampoco como aquellos, que al mismo tiempo que son afables y agradables con un corto número de amigos, manifiestan la vanidad de su clase, ó las altanerias de su genio con los demás hombres; y limitando á un comercio privado las prendas que tienen apreciables, guardan sus defectos para el público.

A esto puede responder por mí el afecto que le tuvieron los Grandes y el pueblo: Las lágrimas de sus amigos están mezcladas con las lágrimas de el público; y si

(a) *Ecol. 48. v. 11.*

el general sentimiento no ha permitido á su amistad el triste consuelo de señalarse en el dolor de su muerte, á lo menos los ha dexado el de no ser solos en el llanto de su pérdida.

¿ En qué hombre se hallaron jamás juntas en tan alto grado todas las virtudes que nos unen á los demás hombres?

Era sobre manera verídico; y así, solamente amaba la verdad en los demás: Jamás dió entrada en su gran corazón á interés alguno en competencia de la verdad: Esta le parecia la primera obligacion de el hombre, y el mas glorioso título de el Príncipe: Dexaba para las almas vulgares las ficciones y disimulos útiles de que se suelen valer, ó para adornarse de una gloria que no les corresponde, ó para ocultar sus verdaderos defectos: Todas sus palabras eran dictadas por la misma verdad: No hablaba en los hombres mayor hermosura que la verdad: No tenia por amigos á los que le adulaban: Su misma clase le servia muchas veces de molestia, por el respeto que tenian precision de guardarle los que le trataban: Y muchas veces se le oyó decir, que quando la decencia de su estado le habia permitido caminar incognito, no habia hallado gusto mas cumplido que el de oír explicarse á los hombres naturalmente, y manifestarse como en la realidad son; placer muy poco conocido de los Grandes, los que nunca ven en los hombres mas que la superficie, y regularmente no aman en ellos mas que la falsedad.

Y no os parezca, señores, que su amor á la verdad era un amor áspero y desabrido, que regularmente degenera en un humor cynico, y que mas es aborrecimiento de los hombres, que de sus defectos.

Era tan afable como verídico: La verdad no manifestaba en él aquella aspereza y desabrimiento que hace odioso al sabio, sin hacerle amable.

¿ Se vió acaso jamás tanto agrado y afabilidad en un nacimiento tan distinguido, y en unos talentos tan superiores?

rio-

riores? Bien lo sabeis, señores, y aún ahora mismo os estais acordando de quando vivia entre nosotros, manifestando á todos aquella afabilidad noble y sencilla, que se ganaba los corazones de todos, sin conservar de su dignidad mas que lo preciso para hacer aún mucho mas amable el agrado con que se familiarizaba con todos, é infundiendo tal confianza al respeto, ó á la timidez, con el agrado inseparable de su persona, que al salir de su conversacion gozaban todos á un mismo tiempo el gusto de quedar encantados de él, sin quedar disgustados de sí mismos.

De este modo conservaba en el esplendor de su nacimiento la dignidad que le hace respetable, quitándole aquella altivez que nada añade á la Grandeza, y hace muy poco honor á los Grandes.

Este agrado no era en él un fingimiento, en que tuviese mas parte la política ó el artificio que el corazón; ó que fuese mas pura costumbre, que virtud; sino que que era un puro efecto de su buen natural.

El valor y la grandeza casi siempre forman cierta especie de insensibilidad: La gloria de las armas siempre está teñida de sangre; y pocas veces sucede que el corazón se aficiona á unos hombres, á quienes su clase hace muy inferiores á nosotros.

El PRÍNCIPE DE CONTI juntaba en sí las prendas de un Héroe y de un Príncipe afable: Decia muchas veces, que aún quando la religion no nos obligara á mirar á los demás hombres como á hermanos, bastaba el ser hombres para compadecerse de las miserias de sus semejantes.

En la toma de Neuhausen, en donde el haber ganado la plaza por asalto, parecia autorizar la crueldad y furor de los soldados, ¿ cuántas inocentes víctimas sacó de los brazos de la muerte? ¿ cuántas acciones bárbaras que inspira la crueldad, sin que sean necesarias para la victoria, no impidió, enseñando á los Alemanes á que mezclasen el valor, que les es comun con nosotros,

con

con la humanidad que es propia nuestra? Al día siguiente al combate de Steinquerque vá al campo de batalla, que aún estaba cubierto de muertos y moribundos; manda recoger los heridos sin distincion de Franceses ó enemigos; asegura á una infinidad de infelices la vida ó la salud; y obliga á los mismos enemigos á que alaben en el Héroe que supo vencerlos, el Libertador que los salva.

Desde entonces, ¡ó Dios mio! concedisteis á las lágrimas de tantos infelices como salvó, las gracias y las misericordias que le disponian á él mismo su eterna salud.

No os parezca, señores, que en esto buscaba aplausos ó elogios, no hacia mas que seguir los movimientos y la bondad de su corazón.

Jamás hubo Príncipe mas opuesto á la ostentacion y vanagloria. Siempre fue sencillo, modesto, enemigo de las alabanzas, y cuidadoso de merecerlas: al mismo tiempo que era la admiracion de todos, siempre era el mismo á su propia vista: casi él solo ignoraba, como Moysés, la gloria y la luz que brillaba al rededor de él: nosotros mismos veíamos que apenas daba á su clase la exterior magnificencia que se la debe de costumbre: vivia entre nosotros como un ciudadano, sin mas séquito que aquella dignidad que en todas partes acompaña á los grandes hombres, sin mezclar con ella adorno alguno exterior, y debiéndoselo todo á sí mismo: siendo mayor quando se dexaba ver solo que otros muchos, aún quando se presentan rodeados de fausto y pompa.

Su modestia nacia de la moderacion natural de su alma: Muchas veces le vimos, que por cuidar de sí mismo se negaba aún á los mas inocentes placeres, hasta privarse de la curiosidad de las pinturas en que pudieran hallar algun alivio sus enfermedades. ¿Qué os parece que respondió en este punto á las instancias de la Princesa su Esposa, siempre atenta á ver como podria aliviarse la molestia de sus males? *Que el que se entrega á un gusto, facil-*

mente se acostumbra á entregarse á los demás; que es necesario saber, ó no desear cosa alguna, ó pasarse muchas veces sin lo que se desea.

Atiendan á esto aquellos á quienes nada parece suficiente, y cuyos gustos extraordinarios y soberbios solo sirven de traernos todos los días á la memoria su indigna prosapia, la injusticia de sus riquezas, y las miserias públicas, que á un mismo tiempo son su fruto y su raíz.

¡Qué inclinaciones estas tan admirables, señores! ¡Qué uniformidad no se observaba en todas estas virtudes! Sus grandes prendas no se ceñian, como en otros muchos, á algunas pocas acciones laudables, que suelen escaparse del tropel de los vicios, que pierden todo su mérito luego que se exâminan atentamente, y que en la realidad mas son descuidos que virtudes.

Siempre superior á los sucesos, si no tuvo la gloria de ser siempre feliz, á lo menos tuvo la de manifestarse siempre mas grande que su fortuna: tan tranquilo se queda quando se le huyen las coronas, como quando se las presentan: contento con no haber omitido diligencia alguna de las que dicta la prudencia, se persuade á que no debe atribuirse á sí los sucesos de que solamente decide la Providencia; al verle en el punto decisivo de los mayores negocios, en medio de las inquietudes y diferentes ideas que se presentan al entendimiento quando aún está dudoso el éxito, qualquiera hubiera creido que yá todo estaba determinado; su tranquilidad no se inmuta con la incertidumbre de los sucesos, siendo así que suele ser mas difícil mantener ésta, que sufrir un suceso desgraciado.

Sí, señores, en todas partes le acompañaba esta serenidad de animo. ¡Qué destreza para manejar los genios! ¡Qué habilidad en conciliar los mas contrarios intereses! ¡Qué conocimiento tan profundo de los hombres! ¡Qué ideas en orden á todo lo que podia asegurar la felicidad de los pueblos, y de los Estados! ¡Qué moderacion aún en aquellos negocios en los que parece que es propia la

ORACION FUNEBRE
 actividad! ¡Qué prudencia aún en el gracejo de las mas libéres conversaciones!

¿Pero será esta acaso una de aquellas imágenes que pinta el Orador segun su idea, que explican lo que el Héroe debiera haber sido, pero no lo que en la realidad fué, y que son mas á propósito para acordarnos sus defectos, que para formar su elogio?

Bien veo, señores, que quereis interrumpirme: bien conozco que os ofende mi desconfianza: oigo levantarse contra mí, en medio de esta Augusta Asamblea, una voz pública, formada por el amor y el dolor, que me reprehende de que me quedo muy corto en las alabanzas, al mismo tiempo que yo recelo que parezcan excesivas.

Y á la verdad, ¡qué pudiera faltar á su elogio, si entonces hubiera sido tan agradable á los ojos de Dios, como era grande á vista de los hombres!

Y quando digo á vista de los hombres, no os parececa, señores, que grangeándose la estimacion pública con unas exterioridades de moderacion y prudencia, se contradecia despues en el recinto de sus obligaciones domésticas; que cansado de representar en público el personage de un hombre grande, introducía despues entre los suyos las molestias del respeto; y que entre ellos descansaba de las apariencias de la virtud, entregándose á los vicios.

Poseyó, pues, aquel primer distintivo de los hombres ilustres, alabado en los libros santos; esto es, que cada uno de ellos habia sido en su siglo ornamento de la sociedad. *Pulchritudinis studium habentes*: pero no les fué menos semejante en el segundo, que es el haber sido Angeles pacíficos, y tutelares de sus propias casas. *Pacificantes in domibus suis*.

Fué buen esposo, buen padre, y buen señor: ¡pero cuántas heridas voy á renovar á un mismo tiempo! ¿Acaso la afligida Princesa que estubo unida á él con el sagrado vinculo, no siente suficientemente la violencia del golpe? De este modo se noshuyen, ¡ó Dios mio! los mas amados ob-

je-

jetos; de este modo se desatan los mas estrechos lazos: de este modo se convierte en amargura aún aquello mismo que nos prometia la mayor felicidad, y fuera de la esperanza de la fé, no nos dexa mas que una agradable memoria, que al mismo tiempo que parece alivia nuestro dolor, perpetúa el luto y la tristeza.

El PRINCIPE DE CONTI, señores, podia decir de sí mismo, como David, *que le habia tocado un buen corazon, que caminaba por medio de su casa con paz, y con inocencia.* (1)

¿Qué respeto no tuvo á la Princesa su Esposa, cuya conducta y virtud han hecho siempre tanto honor á su nacimiento? Aún aquellas atenciones mas indiferentes, que parecia podian ocultarse á la superioridad de su talento, no se ocultaban al amor de su corazon. ¿Qué tierno afecto á los Príncipes sus hijos? El mismo formaba en sus corazones aquellos pensamientos de honor y grandeza, tan dignos de su nacimiento; se hacia niño con ellos, por decirlo así, para enseñarlos á que algun dia fuesen prudentes, grandes, equitativos, humanos, moderados, en una palabra, semejantes á él; vivía como un hombre particular en medio de su Augusta familia, respetaba los vínculos de la religion y de la naturaleza, los agradables títulos de Padre, y de Esposo; y no conocía aquella necia costumbre que hace que la mayor parte de los Grandes juzgue que viven solos en la tierra, que piense que es privilegio de su clase el trastornar las primeras impresiones de la naturaleza, mirando todo lo que les une á los demás hombres como un yugo que les afrenta.

Es preciso, señores, haber nacido con una grande elevacion de ánimo, para mantener, aún en medio de aquellas obligaciones privadas y domesticas, en que el hombre nunca cuida tanto de sí, y en que el génio ocupa tan

(1) Psalm. 100. v. 2. 3. 4.

-Tomo VIII.

N

tan facilmente el lugar de la virtud, un carácter siempre igual de grandeza y prudencia.

Afligida casa de este gran Príncipe, bien veo que tú te adelantas á mi discurso, y que pudiera poner á tu dolor por testigo de esta verdad. ¿Qué Amo dió menores muestras de tal? ó por mejor decir, ¿quién tuvo jamás mas mérito que él para ser Amo?

Los grandes regularmente se persuaden á que todo se hizo para ellos; que los demás hombres no nacieron mas que para sufrir el peso, ó de su vanidad, ó de sus antojos; pero el *PRINCIPE DE CONTI* solamente exercia su autoridad sobre sí mismo. ¡Qué agrado y qué afabilidad para con los suyos, sin obligar á éstos á que por él se mortificasen! No reparaba en sus faltas quando era él solo el que padecía con ellas, queriendo mas sufrir algunas veces las molestias de su poca habilidad, que contristar su buen deseo; jamás se advirtió en él movimiento alguno de humor y de génio, que pudiese denotar que su grande alma estaba fuera de su asiento natural; llegaba á tanto su afabilidad, que solamente el amor que le tenían los suyos podia impedir el abuso que de ella pudieran haber hecho, pues mas parecia su amigo que su amo; los dispensaba de aquellas rigurosas obligaciones, que mas son efecto de la costumbre que de la necesidad; los miraba como compañeros de su fortuna, y no como juguetes ó instrumentos de sus antojos y de sus pasiones; y hacia ver, cosa bien estraña, que los Grandes pueden hallar amigos aún entre los mismos que los sirven.

Este es el hombre sábio, el amado de los pueblos, modelo de Príncipes, alegría de los suyos, y admiracion de todos. Acabad, Señor, en él vuestra obra, coronad vuestros dones, animad estas virtudes puramente naturales, y estos huesos áridos con un soplo de vida; haced que á la hermosura de estas hojas estériles sucedan frutos de inmortalidad; guiad este día del hombre hasta el día perfecto de la gracia; formad de todos estos tesoros de

Egyp-

Egypto un tabernáculo para vuestra gloria; no permitais que se pierda la prudencia del Sábio, antes bien dadle la fé de los humildes y pequeñuelos.

Fue, pues, uno de aquellos hombres perfectos en la vida civil: *Et honorem apud Seniores, juvenis*. Pasemos á la ultima parte del discurso: Fue tambien uno de aquellos hombres ilustrados con lo singular de su estudio, y con lo superior de sus talentos: *Acutus inveniar in judicio; in conspectu potentium admirabilis ero, & habebó immortalitatem*: No solamente fue heroe, y sábio, sino tambien un génio superior y universal.

TERCERA PARTE.

LA ciencia y los talentos en los Príncipes suelen servir de escollo á su fama, ó á su religion.

La ciencia del mundo muchas veces los empeña en unos estudios vanos y frívolos, agenos de la obligacion y grandeza de su estado, que aunque puedan ilustrar al hombre, no instruyen al Príncipe.

En la presencia de Dios los hincha y desordena, y muchas veces aunque ilustra su razon, es á costa de su fé.

Admirad pues, desde luego, Señores, en los raros estudios del *PRINCIPE DE CONTI* dos utilidades, que estan señaladas en mi texto, y que son muy opuestas á estos dos escollos.

La fama de su ciencia y de sus talentos hace que vengan á buscarle desde las estremidades de la tierra, no una Reyna estrangera, sino todos los votos de un reyno entero. Los Grandes y poderosos de Polonia, movidos de las maravillas que la fama publicaba de él en todas partes, le ofrecen á porfia una corona, que siempre ha sido precio del valor y del mérito: *In conspectu potentium admirabilis ero*.

A este primer fruto de sus talentos podeis añadir otro, que es la prenda de la corona inmortal por su conver-

N 2

sion

sion á Dios estando para morir: *Et habebó immortalitatem.*

¡Qué estudio tan vasto el del *PRINCIPE DE CONTI*! parecía que se había dedicado á todas las facultades. Guerrero, Humanista, Historiador, Político, Jurisperito, y aún Teólogo, en cada una de estas ciencias, segun la diferencia de sugetos con quienes trataba, parecía que era la única de que había hecho profesion; y al oírle, exclamaban, como en otro tiempo al oír al Principe mas sábio é instruído del Oriente.

“¡Qué abundancia de doctrina y erudicion se admiraba en tu juventud! la ciencia corre de tu boca como las aguas en un caudaloso rio; las luces de tu alma han penetrado todos los secretos de la tierra, y en esta pacífica gloria has sido las delicias de los pueblos, del mismo modo que la gloria de las armas te había hecho su admiracion y su defensa: *Quemadmodum eruditus es in juventute tua, & impletus es sicut flumen sapientia, & terram retexit anima tua . . . & dilectus es in pace tua.*” (1)

Reparad, señores, en dos abusos que evitó siempre en su continuada leccion; nunca gustó de aquellos libros frívolos que de nada mas sirven que de descanso de la ociosidad, y que corrompen el corazon sin instruir el entendimiento.

Siempre gustó mucho de los libros santos, y tuvo mucho respeto á las verdades de la fé.

En el mismo tiempo ¡oh Dios mio! en que aún no podía gustar lo suave que sois, confesaba que erais el santo y verdadero. Su razon respetaba los límites de la fé, aún quando estaba olvidado de sus obligaciones: Su boca respetaba la verdad de vuestros mysterios, aún quando todavía estaba su corazon lexos de vos; en su gran

(1) *Psalm. 40. v. 24.*

talento hallaba motivos de sumision; y si no amaba todavía á la verdad que liberta, á lo menos siempre tuvo un religioso respeto á la verdad que sujeta y cautiva.

En un siglo, señores, en que la religion se ha hecho el juguete del desorden ó de la falsa ciencia; en un siglo en que la impiedad es como la primera prueba de un talento despejado; en un siglo en que el creer en Dios parece casi vergüenza de la razon ó del valor; en un siglo en que para no confundirse con el vulgo es necesario preciarse escandalosamente de incrédulo; en un siglo finalmente, en que tantos hombres superficiales blasfeman lo que ignoran, se tienen por mas hábiles á proporcion que son mas temerarios, que aprenden á dudar de la religion antes de conocerla, que se declaran Doctores de la impiedad; antes de haber sido discipulos de la fé, y que se levantan contra la ciencia de Dios sin poseer ni aún la de los hombres.

En medio de estos abusos, la fé del *PRINCIPE DE CONTI*, tan superior en luces y doctrinas, honra á la verdad de la religion. Este grande ingenio no es mas que un humilde fiel delante de la Magestad de aquel Señor que pesa los talentos, y que *mira á los escudriñadores de sus secretos como si no existiesen.* (1) Su curiosidad solamente llega hasta quedar convencido de que la razon no puede alcanzarlo todo; que el hombre no conoce de los caminos de Dios mas que lo que Dios ha querido revelarle; que la fé es el punto fixo de nuestras luces; que aunque se sacuda el yugo, se hallan los mismos abismos y las mismas incertidumbres que en la sumision; que los dogmas de la impiedad no tienen mas claridad ni mas inteligencia que los mysterios de la religion; y que el que se niega á creer pierde la fé, sin que por esto gane ó adelante la razon.

Ja-

(1) *Psalm. 40. v. 24.*